ALBERTO AMIGO

CENTURIA



Áurea Ediciones

© Centuria
Sello: Soyuz
Primera edición: Junio 2024
© Alberto Amigo
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: José Canales
Corrección de textos: Gabriela Balbontín
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN:

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Parte I: El sueño de los años perdidos

No pensaba alegremente acerca del progreso de la humanidad,
y veía tan solo en el creciente acopio de civilización una necia
acumulación que debía inevitablemente venirse
abajo al final y destrozar a sus artífices.

—*La Máquina del Tiempo*, H.G. Wells

Capítulo 1
El largo sueño

—¿En serio quieres dejarlo hasta aquí? —susurró sorbiendo el último rastro de café que quedaba en la taza.

—¿No crees que es lo mejor? —respondió mirando hacia otro lado—. Cuando acepté este trabajo, te advertí que tendría que darlo todo.

—Sí, lo entendí desde el principio. ¿Acaso te he pedido más de lo que puedes dar? —sus palabras quedaron en el aire sin respuesta—. Por favor, Katrina, te he dado todo el tiempo del mundo.

—No se trata de lo que tú estás dando, sino de lo que yo estoy dispuesta a sacrificar. ¿Comprendes?

Katrina había estado reflexionando durante meses sobre terminar su relación con Zenas. Cada día sopesaba la posibilidad, recordando los momentos que no habían compartido juntos. Su trabajo como ministra secretaria general de Estado, designada por el presidente de la República, Martín Valenzuela Strohmberg, había consumido su vida en los dos años desde que aceptó el cargo. Incluso desde que ambos apoyaron la campaña del candidato, sus caminos comenzaron a divergir sin que se dieran cuenta.

Durante un largo período de tiempo, esta unión no los había perjudicado; de hecho, había revivido la llama de su relación, que inevitablemente se estaba apagando después de ocho años juntos. Zenas pensó en ese instante que ella no era el amor de su vida, no porque no la amara, sino porque su convicción era más poderosa que lo que ella sentía por él. El día que tanto temía había llegado, y no se sentía preparado para enfrentarlo.

—No podemos permitir que esto afecte nuestra relación —dijo Zenas.

—Zenas, esto no afectó nuestra relación, simplemente adelantó una muerte anunciada hace muchos años —respondió ella—. Solo que ya no puedo evitarlo.

—¿Y esto afectará mi trabajo? —preguntó Zenas.

—Espero que no. Seguimos siendo compañeros de partido, seguiremos viéndonos, incluso después de que todo esto termine. Tengo claro que este puesto no es para siempre, pero quiero que mi decisión sí lo sea.

—¿Y si abandono el Movimiento Espejo? ¿Si abandono la política?

—No puedes, Zenas —dijo Katrina tajante—. Estás en un punto sin retorno, solo que sin mí.

—Está bien, Katrina, eso es lo realmente importante, ¿verdad? Dejar en alto el nombre de nuestro presidente.

—Sé que lo estás diciendo con sarcasmo —dijo ella con algo de titubeo—. Pero está bien. Haces bien tu trabajo, yo hago bien el mío, y estoy segura de que seguiremos creciendo, pero ya no juntos.

A Zenas le dolieron sus palabras, ya no había más que hacer. En los ojos de Katrina se reflejaba la decisión tomada, y descubrió que ella probablemente ya no lo amaba. En realidad, ni siquiera podía discernir cuáles eran sus verda-

deros sentimientos. A pesar de la dureza de sus palabras, notó nerviosismo en ella: movía la pierna de un lado a otro, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su voz se quebraba. Su lenguaje corporal contrastaba con sus palabras.

Mientras conversaban, las sirenas comenzaron a sonar en la calle. Cerca de la barra del café, un televisor montado en la pared emitió una alerta que captó la atención de todos en el lugar. El barista subió el volumen, esperando escuchar algún anuncio importante. El emblema del Gobierno apareció en la pantalla, dejando a Katrina sorprendida por el comunicado. De repente, el nerviosismo en sus piernas desapareció; se secó las lágrimas y se volcó por completo al televisor. Mientras tanto, Zenas se sentía perplejo por lo que estaba sucediendo. Su trabajo como periodista a menudo trascendía las horas laborales, y a pesar de que su jornada había terminado, le extrañó no recibir ningún mensaje del Ministerio de Relaciones Exteriores. Todo resultó horriblemente abrumador.

Antes de que alguien del Gobierno diera el anuncio, Zenas escuchó el ruido de un choque afuera del café. Se quedó mirando, absorto en sus propios pensamientos. Katrina intentaba realizar una llamada urgente desde su teléfono celular, y los clientes del café se levantaban para observar el tumulto de personas afuera. De repente, uno a uno, comenzaron a caer al suelo. Zenas se paró, sin escuchar la conversación de Katrina. Estaba en la puerta del café, a punto de salir, cuando ella le gritó.

—¡Zenas! ¡No salgas! Quédate aquí.

—¿Qué está pasando? ¿Sabes algo? —le preguntó mientras obedecía y regresaba a su mesa.

Las personas comenzaron a salir una por una para observar el caos. De pronto, quienes aún permanecían des-

piertos, se desplomaron cayendo rígidamente en el pavimento. Zenas pudo ver en la televisión que nadie del Gobierno apareció; solo se escuchó un zumbido estático. Esa fue la última imagen que captó antes de ver a Katrina desplomarse sobre la mesa.

Sus piernas se debilitaron. Miró torpemente su teléfono celular y pudo identificar la llamada de un colega que intentaba contactarlo. Antes de pensar en contestar, él también se derrumbó.

No solo en la cafetería y en las calles cercanas la gente caía en un profundo sueño, sino que en todo el mundo miles de millones de personas se desvanecieron casi al mismo tiempo. En cuestión de minutos, el ruido de la ciudad se desvaneció en un silencio absoluto.